

### LIBRO III

6 DE OCTUBRE DE 1789.—14 DE JULIO DE 1790

#### CAPITULO PRIMERO

**Acuerdo para relevar al rey (Octubre 89).—Vehemencia de la fraternidad (Octubre-Julio)**

Amor del pueblo para el rey.—Generosidad del pueblo y su tendencia á la unión.—Sus federaciones (de Octubre á Julio).—Lafayette y Mirabeau por el rey; la Asamblea por el rey; Octubre de 1789.—El rey no estaba cautivo en Octubre.

La mañana del 7 de Octubre, desde bien temprano, estaban las Tullerías llenas de un pueblo conmovido, hambriento de ver su rey.

Todo el día, mientras recibía el homenaje de los cuerpos constituidos, la multitud le observaba desde fuera, le esperaba y le buscaba.

Se le veía ó se creía verlo á través de los cristales; el que tenía la dicha de distinguirlo, lo mostraba á sus vecinos: «¡Vedlo; helo allí!»

Fué necesario que saliese al balcón, y al aparecer estalló un aplauso unánime. Fué preciso que bajara al jardín, que respondiera más de cerca al enternecimiento del pueblo.

Su hermana, María Isabel, joven é inocente, estaba conmovida; abrió sus ventanas y comió delante de la multitud. Las mujeres alzaban

sus hijos en brazos para que la vieran, la bendecían y la llamaban hermosa.

Desde la víspera, desde la noche misma del 6 de Octubre, podía estarse seguro de aquel pueblo que tanto miedo había causado.

Cuando el rey y la reina aparecieron en el Hotel de Ville entre hachones, un vocerío inmenso surgió de la Grève, formado por gritos de alegría, de amor, de reconocimiento para el rey que iba á vivir en medio de ellos... Lloraban como niños, se tendían las manos, se abrazaban unos á otros.

«La Revolución ha concluído—se decía;—he ahí al rey libertado de Versalles, de sus cortesanos, de sus consejeros.»

Y en efecto, aquel mal encantamiento que desde hacía más de un siglo tenía á la realeza cautiva, lejos de los hombres, en un mundo de estatuas, de autómatas más artificiales todavía, se había roto gracias á Dios.

El rey estaba alejado de la naturaleza, la vida y la verdad. Traído de aquel largo destierro venía á su casa, entraba en su verdadero puesto, se encontraba restablecido en su elemento de rey. ¿Y cuál otro elemento mejor que el pueblo? ¿dónde sino en él podrá un rey respirar y vivir?

Vivid, señor, en medio de nosotros; sed libre por la primera vez. No lo habéis sido nunca.

Siempre habéis obrado y dejado obrar, á pesar vuestro. Cada tarde os habéis tenido que arrepentir de algo que habéis hecho por la mañana; cada día, en lugar de mandar, habéis obedecido.

Esclavo durante tanto tiempo del capricho, reinais, al fin, según la ley, y ésta es la realeza y la libertad. Dios mismo no reina de otro modo.

Tales eran los pensamientos del pueblo, generosos y simpáticos, sin recelos ni desconfianzas. Mezclado por primera vez á los señores y á las damas hermosas, estaba gozoso de contemplarlos de cerca, é igualmente veía placentero á los guardias de corps que se paseaban cogidos del brazo de sus amigos y salvadores los bravos guardias franceses. El pueblo, entusiasmado, aplaudía á unos y á otros para unirlos y estrecharlos más y para consolar á sus enemigos de la víspera.

¡Sépase eternamente que en aquella época, mal conocida, desfigurada por el odio, el corazón de Francia se mostró lleno de magnanimidad, de clemencia y de perdón!

En las resistencias mismas que provoca en todas partes la aristocracia, en los actos enérgicos en que el pueblo se manifiesta dispuesto á herir, amenaza solamente y perdona.

Metz denuncia á su Parlamento rebelde á la Asamblea nacional y después intercede por él. Bretaña, en la vigorosa federación que hizo en pleno invierno (Enero) se muestra fuerte y clemente. Ciento cincuenta mil hombres armados se dispusieron á resistir á los enemigos de la ley, y el joven jefe, que á la cabeza de sus diputados juraba con la espada



puesta en el altar, exclamó: «Si se tornan buenos ciudadanos, les perdonaremos.»

Aquellas grandes federaciones que durante ocho ó nueve meses se hacen en toda Francia, son el rasgo distintivo, la originalidad de la época. Al principio son defensivas, de protección mutua contra los enemigos desconocidos, *contra los bandoleros* y contra la aristocracia.

Después, aquellos hermanos, armados juntamente, quieren vivir juntamente también; se preocupan de las necesidades de sus hermanos, se esfuerzan por asegurar la circulación de los granos, por hacer pasar el sustento de provincia en provincia, de aquellas que estaban abastecidas, á las que grandes dificultades se oponían á que lo estuvieran.

Al fin, la seguridad renace, el hambre va siendo rara, y, sin embargo, las federaciones continúan, sin otra necesidad que la de satisfacer al corazón: «*Para unirse—decían—y amarse unos á otros.*»

Al principio las aldeas y los pueblos se han unido para protegerse á sí mismos contra los nobles. Después, cuando los labriegos ó partidas errantes atacaron á los nobles, incendiando los castillos, pueblos y aldeas, se arman para proteger los castillos y defender los nobles, sus enemigos, contra los que se habían aliado. Los nobles entonces acuden á establecerse entre los pueblos, entre sus salvadores, y prestan el juramento cívico.

Las luchas de los pueblos y las campañas duran poco, afortunadamente. El labriego abre pronto los ojos y las orejas, y á su vez se confederar para mantener el orden y defender la Constitución.

Mientras escribo estas líneas tengo ante mí el proceso verbal de una multitud de federaciones de los campos y veo el sentimiento de la patria estallar allí en forma inocente, pero tanto ó más vivo que en las ciudades.

No más separaciones entre los hombres. Parece que las murallas de las ciudades se han desplomado. Las grandes federaciones urbanas van á buscar á las de los campos, y entre tanto los labriegos, con el alcalde y el cura á la cabeza, van á fraternizar con las ciudades.

Todos en orden; todos armados. En aquella época—conviene no olvidarlo—la guardia nacional está constituida por todo el mundo (1).

Todo el mundo se pone sobre las armas; todos parten como en tiempo de las cruzadas... ¿Dónde van reunidas así por grupos, aldeas y aldeas, pueblos y pueblos, provincias y provincias? ¿Cuál es la Jerusalén que

(1) Todo el mundo, *sin excepciones*, en los campos. Durante un año, en medio del terror y del pánico, que se renovaban á cada instante, todos estaban armados, al menos con instrumentos de labranza, y así, armados, aparecían en las revistas y en las fiestas más solemnes.

En las ciudades la organización varía: los comités permanentes que se formaron al recibir la noticia de la toma de la Bastilla, abrieron registros en los que se inscribieron los hombres de buena voluntad de todas las clases del pueblo; en todas partes, donde quiera que había peligro, estos voluntarios eran absolutamente todo el mundo, sin excepción.

La desventurada cuestión del uniforme dió comienzo á algunas divisiones; se formaron cuerpos de elegidos y esto fué mal visto por los demás.

El uniforme fué exigido en mal hora por París, y la guardia nacional quedó reducida á treinta ó cuarenta mil hombres. En las demás regiones había pocos uniformes. A lo sumo una

atrae de este modo á todo un pueblo, y lo atrae, no fuera de sí mismo, sino en sí, uniéndolo, concentrándolo en su propio ser?...

Es una Jerusalén mejor que la de Judea; es la de los corazones, la santa unidad fraternal... la gran ciudad viviente, que necesita hombres que la reconstruyan... En menos de un año queda hecha... Y después aquella gran ciudad se convierte en la patria...

He aquí mi camino en este tercer libro; todos los obstáculos del mundo, los gritos, los actos violentos, las disputas agrias, serán causa de que me retarde, nunca de que retroceda.

El 14 de Julio me dió la unanimidad de París. Y el otro 14 de Julio me va á dar en cualquier momento la unanimidad de Francia.

¿Cómo el antiguo amor del pueblo, el rey, hubiera podido quedar solo fuera de aquel universal abrazo fraternal? El fué el primer punto de mira. Se veía cerca de él á la reina, siempre llorando, triste y dura, alimentándose sólo con su ración. Se veía la pesada servidumbre en que le mantenían sus escrúpulos de devoto y la servidumbre material con que su naturaleza le ligaba á su mujer. Y á pesar de esto, el pueblo se obstinaba en poner en él toda esperanza.

Parece ridículo decirlo; el pánico del 6 de Octubre hizo una multitud de realistas. Aquel ensueño terrible, aquella fantasmagoría nocturna había turbado profundamente las imaginaciones; el pueblo se estrechaba alrededor de su rey.

Igual fenómeno se notaba en la Asamblea. Jamás fué tan buena para él. La Asamblea también tenía miedo; diez días después se decidió con gran repugnancia á trasladarse á París, á aquel sombrío París de Octubre, entre el desbordado mar del pueblo.

Ciento cincuenta diputados prefirieron tomar sus pasaportes. Mounier y Lally se salvaron.

Los dos primeros hombres de Francia, el más popular y el más elocuente, Lafayette y Mirabeau, se tornaron realistas en París.

Lafayette estaba mortificado de haber sido llevado á Versalles, cuando parecía que era él quien llevaba á los demás. En su involuntario triunfo estaba casi tan asombrado como el rey.

Al volver á París hizo dos cosas. Obligó á la municipalidad á hacer perseguir ante el Chatelet el periódico sanguinario de Marat, y él mismo fué á buscar al duque de Orleans, le intimidó y habló alto y firme, y en su casa y delante del rey le convenció de que después del 6 de Octubre

enseña de distintivo que variaba de color según cada ciudad. Poco á poco dominaron el azul y el rojo.

La proposición de exigir un uniforme para toda Francia, no fué hecha hasta el 18 de Julio de 1790.

El 28 de Abril de 1791 la Asamblea restringe la calidad de guardia nacional á los ciudadanos activos ó electores primarios.

Estos electores (que como propietarios ó arrendatarios pagaban el valor de tres jornales de trabajo, estimados lo más en veinte sueldos cada uno) eran próximamente cuatro millones de hombres.

La mayoría de los trabajadores que vivían al día, no pudieron continuar haciendo el enorme sacrificio de tiempo que exigía entonces el servicio en la guardia nacional.



su presencia en París inquietaba, daba pretextos á la algarada y turbaba la tranquilidad. De este modo le obligó á marcharse á Londres. Queriendo el duque volver á París, Lafayette le envió á decir que al día siguiente de su vuelta se batiría con él.

Mirabeau, privado de su duque y convencido decididamente de que



MAILLARD

jamás sacaría partido de aquel hombre, se tornó, con el mayor aplomo y como hombre necesario á quien no puede rechazarse, del lado de Lafayette (10-20 de Octubre).

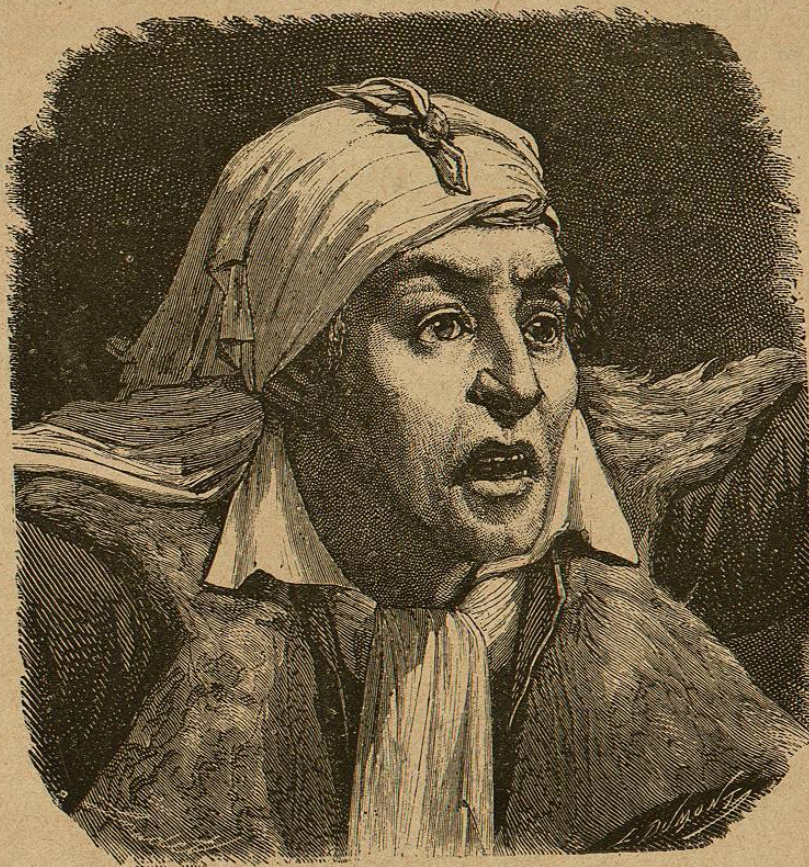
Sencillamente proponía Mirabeau que Necker fuese expulsado nuevamente y que se apoderaran del gobierno Lafayette y él. Esta era ciertamente la última jugada salvadora que quedaba al rey.

Pero Lafayette no amaba ni estimaba á Mirabeau, y la corte detestaba á ambos.

Un momento, sólo un momento bien corto, las dos fuerzas que quedaban, la popularidad y el genio, se entendieron en provecho de la realeza.

Un suceso casual que ocurrió precisamente á la puerta de la Asamblea dos ó tres días después de su llegada á París, aterró á la realeza y la hizo desear el orden á cualquier precio.

Un hombre cruel mató á un panadero (1), (21 de Octubre). El ase-



MARAT

sino fué juzgado en aquel momento y colgado. La municipalidad creyó llegado el momento de pedir una ley de severidad y de fuerza.

La Asamblea decretó la ley marcial, que armó á las municipalidades del derecho á requerir el auxilio de las tropas y de la guardia ciudadana para disolver las reuniones públicas y las aglomeraciones de gente, y al mismo tiempo entregaba el juicio de los crímenes de lesa nación á un antiguo tribunal real, al Chatelet; tribunal demasiado pequeño para una misión tan grande.

(1) Aquel crimen cometido á las puertas de la Asamblea y que la obligó á votar sobre la marcha leyes represivas, no podía aprovechar más que á los realistas. Creo, sin embargo, que nadie lo preparó, sino que fué efecto de la casualidad, de las desconfianzas y de la irritación de la miseria.



Buzot y Robespierre decían que era preciso crear un alto tribunal nacional. Mirabeau se aventuró á decir que todas estas medidas eran impotentes y que lo absolutamente necesario era *hacer fuerte al poder ejecutivo* y no dejarle que se prevaleciera de su propio anulamiento.

¡He aquí el 21 de Octubre! ¡Qué camino tan largo el recorrido desde el día 6! En quince días el rey había recobrado tanto terreno, que el audaz orador colocaba, sin protestas, la salvación de Francia en la fuerza de la realeza.

Lafayette escribía al Delfinado, al fugitivo Mounier, quien se lamentaba del cautiverio del rey y apoyaba la guerra civil: «Que el rey no estaba cautivo, que habitaría ordinariamente en la capital, pero que reanudaría sus cacerías.»

Esto no era mentira. Lafayette, efectivamente, rogaba al rey que saliera, que se mostrara, que no autorizara con una reclusión voluntaria el rumor de su cautiverio.

No hay duda alguna que en aquella época Luis XVI hubiera podido con facilidad retirarse á Rouen, como le aconsejaba Mirabeau, ó á Metz, al ejército de Bouillé, como la reina deseaba.



## CAPITULO II

## Resistencias.—El clero (Octubre-Noviembre 1789)

Grandes miserias.—Necesidad de tomar los bienes del clero.—El clero no era propietario.—Reclamaciones de las víctimas del clero; religiosos y religiosas, protestantes, judíos y comediantes

El sombrío invierno en que entramos no fué tan atrozmente frío como el de 1789: Dios tuvo piedad de Francia.

No hubiera habido ningún medio de resistir y vivir. La miseria había aumentado; no quedaba ninguna industria, ningún trabajo.

Desde aquella época los nobles emigran ó abandonan, cuando menos, sus castillos, y creyendo poco seguros los campos, van á establecerse en las ciudades, donde se encierran y esconden esperando los acontecimientos; muchos se preparan á huir y liquidan sus bienes y hacen sus maletas, poco á poco, sin ruido.

Si alguna señal de vida dan en sus dominios es sólo para pedir, no para aliviar y calmar; los más osados se atreven á pedir lo que se les adeuda, los atrasos de los derechos feudales.

El dinero se esconde, el trabajo cesa, la mendicidad aumenta pavorosamente en las ciudades; ¡solo en París hay cerca de doscientos mil mendigos! Y si no se obligara á cada municipalidad á mantener sus pobres, millones de hombres llegarían á París con la mano extendida pidiendo limosna.

Durante todo el invierno todos los pueblos se esfuerzan por mantener sus pobres, hasta agotar todos los recursos; los ricos, como no cobraban nada, descienden hasta el nivel de los pobres. Todos se quejan, todos imploran á la Asamblea nacional. Si continúan las circunstancias igualmente, la Asamblea tendrá que resolver el problema de alimentar nada menos que á todo el pueblo, á toda la nación.

Pero el pueblo no puede morir. Antes que tal suceda, hay un recurso, un patrimonio en reserva, al que no se ha tocado. Para esto precisamente, para alimentar al pueblo hicieron nuestros caritativos ante-